



Psicología Social Psicoanalítica: el paradigma afectivo

Ignacio Ribas Somar, Claudia Iris Bazán

Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires (Argentina)



Fecha de recepción: 04/Jul/2019

Fecha de aceptación: 23/Sept/2019

Resumen:

Usualmente, los programas de Psicología Social reconocen y abordan tres paradigmas clásicos (Robertazzi, 2013): el Interaccionismo Simbólico, la Cognición Social y la Fenomenología. Dentro de este recorte no se incluyen los aportes realizados por la escuela psicoanalítica argentina, de la cual Pichon-Rivière es parte esencial por la originalidad y la profundidad de su propuesta. Asimismo, su preocupación por lo colectivo y su compromiso con la educación popular dejan ver la responsabilidad profesional y ética que tuvo con su época. Por eso pretendemos defender a la Psicología Social Psicoanalítica Argentina como un paradigma clásico dentro de la Psicología Social, que aún goza de actualidad y posibilita infinidad de contribuciones. Por otra parte, los paradigmas clásicos conciben la interacción humana en términos netamente cognitivo-sociales, dejando por fuera la variable afectiva, o al menos solo tomándola tangencialmente. Términos como “grupo interno”, “transferencia” o “telé”, revelan una característica distintiva de éste paradigma. La Psicología Social Psicoanalítica contempla el lugar de los afectos –el *vínculo* en palabras de Pichon-Rivière– o el inconsciente freudiano y el significado que estos tienen en la construcción de lo humano. Asimismo explicita la relevancia que tienen los procesos afectivos en cualquier interacción, destacando que la conducta en todo momento

está atravesada por motivaciones de índole afectiva que son tanto motor como obstáculo para la transformación, el aprendizaje, el crecimiento y el enriquecimiento individual y social.

Palabras clave: Pichon-Riviére; Psicología social; Psicoanálisis; Paradigmas clásicos; Afectividad.

Abstract: **Psychoanalytic Social Psychology: the affective paradigm**

Usually, Social Psychology programs recognize and approach three classic paradigms (Robertazzi, 2013): Symbolic Interactionism, Social Cognition and Phenomenology. This proposal does not include the contributions made by the Argentine psychoanalytic school, of which Pichon-Riviére is an essential part for the originality and depth of its proposal. Likewise, his concern for the collective and his commitment to popular education show the professional and ethical responsibility he had with his time. That is why we intend to defend Argentine Psychoanalytic Social Psychology as a classic paradigm within Social Psychology, which is up-to-date and makes countless contributions possible. Besides this, classical paradigms conceive human interaction in purely cognitive-social terms, leaving out the affective variable, or at least only taking it tangentially. Terms such as "internal group", "transfer" or "telephony", reveal a distinctive feature of this paradigm. The Psychoanalytic Social Psychology contemplates the place of the affections –the link in words of Pichon-Riviére– or the Freudian unconscious and the meaning that they have in the construction of the human features. It also makes explicit the relevance of affective processes in any interaction. Human behavior at all times is crossed by motivations of an affective nature that are both a motor and an obstacle to transformation, learning, growth and individual and social enrichment

Keywords: Pichon-Riviére – Social psychology – Psychoanalysis – Classical paradigms – Affectivity.

Introducción

Fue a partir de la presentación que realizó Hugo Klappenbach en 2011, en el marco del Seminario “*Pichon-Rivière como autor latinoamericano*”¹, que vislumbramos la magnitud de la desconexión entre la universidad y la teoría del autor argentino. En el seminario, Klappenbach puntualizó que Pichon es el gran olvidado de la Psicología argentina, especificando que se lo excluye de casi todos los programas de las distintas carreras de Psicología locales.

Los autores de este artículo ya habíamos incluido a Pichon-Rivière en el programa de la materia *Psicología Social* –cátedra única- que dictamos en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Palermo (UP)². Pero dicha presentación fue el disparador para pensar que Pichon-Rivière no es solo un autor más, sino que debe ser considerado como precursor del paradigma de la Psicología Social Psicoanalítica argentina, ya que puede ser calificado como el “padre” de la disciplina a nivel local. Además, fue el formador de autores que ocuparon lugares destacados dentro de la teoría y práctica del Psicoanálisis y en particular del Psicoanálisis Social.

La materia que dictamos tiene dos secciones, una primera que desarrolla los paradigmas clásicos de la Psicología Social y una segunda, que busca aproximarse a desarrollos más actuales. Por diferentes razones, que desarrollaremos en las páginas que siguen, incluimos a la Psicología Social Psicoanalítica como un paradigma tradicional; que a diferencia de los demás paradigmas no equipara al hombre con la mente; enfocándonos fundamentalmente en la teoría de Pichon-Rivière.

¹ Organizado por el Instituto Argentino de Investigaciones Clínicas y Sociales (ICS) en la Biblioteca Nacional (Buenos Aires, 9, 23 y 30 de septiembre de 2011).

² Desde el 2010, incluimos una Unidad dedicada al Psicoanálisis de Pichon Rivière.

Evidentemente, los nuestros no son los únicos esfuerzos por llevar al aula el pensamiento de Pichon Rivière, en la formación de los nuevos psicólogos y psicólogas. La cátedra de Psicología Social –el programa de Margarita Robertazzi- que también compartimos en la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires (UBA), incluye diferentes autores psicoanalíticos, como Pichon Rivière o Malfé.

Asimismo, el Instituto Argentino de Investigaciones Clínicas y Sociales (ICS), fundado en el 2010, desarrolla investigaciones en el campo clínico y social, además de realizar intervenciones sociales, grupos de estudio y otras actividades de formación en psicología social, psicología clínica e investigación y apunta a contribuir a las transformaciones sociales que tienen lugar en el presente latinoamericano. Es parte de su identidad la convicción acerca de la potencia instituyente de la psicología social de Pichon-Rivière. El ICS es ante todo un lugar de actualización, formación e intervención (Documento inicial del ICS, 2010).

Objetivos

En este artículo nos proponemos

- Dar cuenta de la relevancia que tiene en la enseñanza de la Psicología Social Pichon-Rivière, como máximo exponente de la Psicología Social Psicoanalítica argentina.
- Describir las características principales de la Psicología Social Psicoanalítica como paradigma clásico dentro de la Psicología Social.
- Destacar el papel de la afectividad en la Psicología Social Psicoanalítica, ausente en los demás paradigmas clásicos.
- Promover la inclusión de los aportes de Pichon-Rivière y su escuela dentro del currículo académico de la formación profesional.

- Desarrollar los principales aportes de Pichon-Rivière y su escuela a la Psicología Social.
- Contribuir a revertir la ausencia de los aportes de Pichon-Rivière dentro de los programas académicos universitarios.

Psicología Social Psicoanalítica, un paradigma clásico en Psicología Social

Tras años de estudiar los paradigmas clásicos en Psicología Social como docentes de la Cátedra de Psicología Social; tanto de la Carrera de Psicología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Palermo, como de la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires; entendemos que la propuesta de la Psicología Social Psicoanalítica de Pichon-Rivière reúne todas las características para ser considerada un paradigma “clásico” dentro del desarrollo de la Psicología Social.

A pesar de que Enrique Pichon-Rivière es un exponente clave de la Psicología Social, casi ningún programa universitario incluye su obra, al menos en las facultades de Psicología. Si bien cualquier reconstrucción histórica posee algo de arbitrariedad, llama la atención que justamente este autor, uno de los miembros fundadores de la Asociación Psicoanalítica Argentina, sea casi ignorado en la formación académica argentina, ya que nos dio identidad frente al mundo y posicionó los aportes argentinos en el mapa.

Usualmente, los programas de Psicología Social reconocen y abordan tres paradigmas clásicos (Robertazzi, 2013): el Interaccionismo Simbólico, la Cognición Social y la Fenomenología. Dentro de este recorte no se incluyen los aportes realizados por la escuela psicoanalítica argentina a pesar de su originalidad y profundidad tanto explicativa como comprensiva.

Asimismo, consideramos que posee un elemento distintivo frente a los demás paradigmas clásicos, ya que es el único que contempla la afectividad como elemento central en la constitución de la subjetividad humana. En las páginas que siguen, daremos cuenta de por qué el psicoanálisis puede ser considerado un paradigma clásico y qué lo distingue del resto de los paradigmas.

Como destaca Diana Braceras (2019, pp. 24) desde un posicionamiento anti eurocéntrico:

Desde la tradición misma del 'pensamiento occidental' surgió una invención discursiva, el psicoanálisis, que niega la intersección naturalizada entre Ser y Pensar, aquella deja sin cuerpo, sin libido y sin singularidad a un puro pensador abstracto, descarnado de sí y de los otros, pero también y fundamentalmente de su lugar en el mundo y de su lengua.

La escuela psicoanalítica argentina

La expansión del psicoanálisis en Francia, pero más aún en Argentina, se caracterizó tanto por su inclusión en el movimiento de la salud mental, como por su ingreso en las carreras de psicología. Mientras en el resto del mundo de posguerra se desarrollaban las psicologías científicas, en particular el cognitivismo; en Francia y Argentina, cobraba fuerza una nueva psicología de filiación psicoanalítica (Dagfal y González, 2012), de tal forma que en el contexto local llegó a identificarse –y en el saber popular aún perdura– psicología con psicoanálisis. Argentina se caracterizó por la importancia que adquirió el psicoanálisis en la cultura general, pudiendo decirse que eso fue lo que posibilitó su consolidación (Dagfal, 2012). Pichon-Rivière jugó un rol fundamental en lo antedicho.

En Francia, Daniel Lagache –referente identitario de los primeros psicólogos a fines de los '40 y principios de los '50– consideraba que el psicoanálisis era la matriz teórica fundamental. En el ámbito local, el proyecto de Lagache fue retomado por Pichon-Rivière, y fue difundido por sus discípulos, quienes ocuparon puestos destacados en las cátedras de las primeras carreras de psicología, creadas entre 1955 y 1959. Pichon-Rivière, en cambio, nunca dio clases en la universidad. “*El espacio de la universidad y la red de relaciones, recepciones, lecturas y apropiaciones implicadas, no ofrecía un horizonte acogedor a las proyecciones de su enseñanza*” (Vezzetti, 1998, p. 482). Coincidentemente, en el ambiente académico fue olvidado.

La rápida y amplia expansión que tuvo el psicoanálisis en la Argentina estuvo condicionada por la instalación de un clima, un discurso y un movimiento reformistas que tuvo consecuencias en la Universidad, las instituciones de salud mental, las publicaciones, las revistas y la circulación en los medios de comunicación de masas (Vezzetti, 1998). Sus primeros pasos, basados en la teoría freudiana y kleiniana, estuvieron signados por la implicación en los procesos de cambio social y cultural, tanto en el sentido del par individual/colectivo, como en la intención de democratizar el psicoanálisis.

Siguiendo a Vezzetti, el borramiento de un psicoanálisis más social, como el que llevó adelante Pichon-Rivière y los primeros psicoanalistas (Bleger, Langer y Goldenberg, entre otros) se relaciona, al menos en parte, con los sucesivos golpes militares que fueron reduciendo el ámbito de incumbencia de los psicólogos a la clínica, encerrándose en el consultorio privado.

Pero antes que esto ocurriera, los discípulos de Pichon-Rivière, atravesados por el pensamiento francés y por sus enseñanzas, hicieron una adaptación particular de las ideas del psicoanálisis al contexto local. Dagfal y González (en, 2012, s/p.) destacan que José Bleger, por ejemplo:

articulaba la unidad de la conducta de Lagache con la dialéctica hegeliana, el drama politzeriano y el psicoanálisis kleiniano, que era una marca en el orillo de los analistas rioplatenses. En el ámbito profesional, consecuente con sus ideas políticas, el joven Bleger concebía una nueva psicología ligada a los ideales reformistas de la salud mental (que él aún denominaba “higiene”), basada en el psicoanálisis operativo –versión del psicoanálisis aplicado que abrevaba en su maestro y analista: Pichon. Esta “psicohigiene”, en clave marxista y humanista, concebía a un psicólogo comprometido con su realidad social, en la que debía insertarse como agente de cambio (Bleger, 1966).

Los primeros psicoanalistas, entonces, enfrentaron al modelo hegemónico que circunscribía el psicoanálisis a la práctica clínica, individual y privada, y enfocaron sus principales aportes en los grupos, las instituciones y las comunidades (Robertazzi, 2005). Consideraban que los psicólogos tenían que cumplir un rol social ligado a la prevención y en ese sentido, la atención de pacientes en consultorio privado, implicaba un retroceso del plano social a la esfera individual.

Bleger, proponía que si bien el psicoanálisis clínico estaba reservado a los médicos –en aquella época, los únicos habilitados para desempeñarse en el ámbito de la clínica– había una variante del psicoanálisis aplicado, el “psicoanálisis operativo”, que permitía la extensión de las ideas freudianas a dominios vinculados con la escena pública. Este era el psicoanálisis pichoniano, relacionado con la teoría de los grupos (Dagfal y González, 2012).

Aunque hoy resulte extraño, los comienzos de las carreras de Psicología en el país estuvieron signados por una fuerte puja entre psiquiatras y psicólogos por alcanzar la hegemonía de la clínica. Por eso los psicólogos de la década del ‘60 defendieron *el derecho al diván*, ya que la psicología era equiparada al psicoanálisis y este era patrimonio oficial de la psiquiatría. En la década del

'70, en cambio, los psicólogos debían ganar la calle, la fábrica, las instituciones (Robertazzi, 2005).

En ese contexto, a fines de 1971 se produjeron las primeras escisiones de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), con el desprendimiento de los grupos *Plataforma* y *Documento*. Rápidamente, los analistas renunciando se acercaron a otros psiquiatras, psicólogos y trabajadores sociales comprometidos en el movimiento de la salud mental. La escisión daba cuenta de la fuerte intención democratizadora de algunos psicoanalistas locales, quienes tenían una orientación marcadamente psicosocial. En consonancia con el clima social y político de la época, los disidentes afirmaban:

Somos psicoanalistas que hemos renunciado a nuestra condición de miembros de la Asociación Psicoanalítica Argentina y de la Asociación Psicoanalítica Internacional. [...] Nuestra disidencia con la APA es de base y nos compromete en un examen que nos abarca también a nosotros, y nos obliga a replantear cuál es nuestro papel como profesionales de un campo específico (el Psicoanálisis) en el proceso de transformación de nuestra sociedad. [...] Las clases dominantes presionan ideológicamente en forma creciente en todos los niveles del trabajo científico: sólo se acepta una ciencia que al negar las determinaciones socio-económicas se pone, consciente o inconscientemente, al servicio del mantenimiento del sistema. Rechazamos la falacia de la neutralidad postulada como desiderátum para el científico, ya que consideramos que el apoliticismo no es nada más que un aval al sistema, pleno de significado político (Fragmentos de la Declaración del Grupo Documento³).

Si bien recién en 1985, Argentina aprueba la nueva ley del psicólogo que lo habilita para la clínica, desde el comienzo, el mayor desarrollo se produjo en

³ <http://www.marielanger.com/2009/12/documentos-delcaracion-grupo-documento.html>

ese ámbito, pero con una perspectiva social. Por eso puede decirse que la psicoterapia de grupos, uno de los terrenos de mayor desarrollo en esa época, fue un intento de escapar a un psicoanálisis dogmático que pretendía circunscribir la realidad humana a los procesos intrapsíquicos para extenderlo a las clases populares: “*Aprendimos que la realidad existe y que no todo fracaso es neurótico y que hay que aprender a discriminar entre lo que es nuestro y lo que nos causa la injusticia social*” (Langer, 1985, p. 125). La autora destaca que la única manera de luchar contra la injusticia social es solidariamente. En términos de Pichon-Rivière, esta lucha es entendida como adaptación activa al entorno.

La Psicología Social Psicoanalítica se desarrolló primariamente de la mano de Pichon-Rivière, quien articuló el psicoanálisis, con la psiquiatría social y la psicología de los grupos. Entendía a la enfermedad como un intento fallido de adaptación al medio: el enfermo es el *portavoz* o *chivo emisario* de su familia. Su psicología social abordó la relación entre estructura social y configuración del mundo interno a través de la noción de vínculo (Pichon-Rivière, 1985).

La Psicología Social de Pichon-Rivière

De origen suizo, Enrique Pichon-Rivière (1907-1977) fue un médico psiquiatra nacionalizado argentino. Emigró con su familia a la Argentina hacia 1910, estableciéndose primero en el Chaco Santafecino, luego en Corrientes y finalmente en la capital porteña. Inició sus estudios en la ciudad de Rosario y los finalizó en Buenos Aires.

Sostuvo una actividad profesional heterogénea a lo largo de cinco décadas. Entre 1930 y 1950 trabajó en el hospital público, llegando a ser en el campo de la psiquiatría y el psicoanálisis, una de las figuras más destacadas de Latinoamérica.

A mediados de los 50 elaboró una perspectiva teórica propia, a la que denominó psicología social (Fabris, 2014, pp. 17).

A principios de la década de los 40, fundó junto con Ángel Garma, Celes Ernesto Cárcamo, Marie Langer y Arnaldo Rascovsky, la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA). En la década del '50 participó en la creación de la Primera Escuela Privada de Psicología Social y del Instituto Argentino de Estudios Sociales (IADES).

Explicó cómo el hábitat y el contexto social y vincular conforman la subjetividad, los contenidos psíquicos. Desde su perspectiva, el hombre se constituye en una praxis, en una relación dialéctica con el mundo, de mutua construcción. Mundo que se da a su experiencia en un complejo entretelado de vínculos y relaciones sociales. De esta complicada trama surge el hombre como producto y productor (Quiroga, 1997). La psicología social de Pichon-Rivière reemplaza la vieja oposición entre individuo y sociedad por el hombre en situación. Al mismo tiempo, descarta la equivalencia entre *ser* y *pensar*.

A partir de la obra freudiana “Psicología de las masas y análisis del yo” (Freud, 1921/1973) concluyó que toda Psicología individual es en el fondo social ya que el otro está siempre presente en la vida anímica, por eso desarrolló un dispositivo de intervención, una metodología de trabajo de orden social.

En el ámbito local, Pichon-Rivière fue el primero en implementar prácticas grupales en el servicio de Adolescentes del Hospicio de las Mercedes -hoy conocido como Hospital Neuropsiquiátrico José T. Borda –aunque previamente, hacia 1930, ya organizaba equipos de fútbol con pacientes oligofrénicos, en el Asilo de Torres, como un forma inusual de intervención grupal (Talak y otros, 2004). Hasta ese momento prevalecía una concepción del Psicoanálisis que lo circunscribía al consultorio; un dispositivo de a dos. En otros contextos, pero en el mismo momento histórico, autores como Bion

(en Inglaterra) y Anzieu (en Francia) también aplicaban el Psicoanálisis a dispositivos grupales.

Pichon-Rivière comenzó analizando el grupo primario, la familia. Hacia 1940, creó la técnica de los grupos operativos. En el servicio de urgencias psiquiátricas del Hospicio de las Mercedes –desde 1938 y durante 15 años se desempeñó como Jefe Interino del Servicio de Admisión–, observaba la llegada del paciente con su familia (ausencia/presencia de la familia, roles adjudicados, formas de interacción), y sostenía que el tipo de vínculo familiar permitía pronosticar la evolución posterior del paciente. Simultáneamente, observó que la población internada en el hospicio estaba conformada principalmente por migrantes pobres de las provincias. Esto lo llevó a considerar que la desarticulación del grupo familiar y el alejamiento del contexto de pertenencia propician la enfermedad mental. Una familia funcional, en cambio, actuaría como barrera de contención y prevención frente a la enfermedad (Talak y otros, 2004).

Asimismo, trabajó con grupos secundarios (servicios de Hospitales), grupos terapéuticos y en instituciones (Hospitales), hasta intentar abarcar la sociedad en su conjunto, como quedó plasmado en su obra “El proceso creador. Del Psicoanálisis a la Psicología Social (III)” (Pichon-Rivière, 1987).

El nombre de sus obras denota el camino recorrido, comenzando por el Psicoanálisis –en su opinión los mayores aportes estaban en el plano individual dejando una laguna en lo social– hasta la Psicología Social. Vale destacar que muchos de sus discípulos, como Bleger y Ulloa por nombrar sólo algunos, fueron pioneros en el desarrollo de la Psicología Institucional.

Considerado el padre la Psicología Social argentina tomó, además del Psicoanálisis freudiano, el abanico más amplio de autores internacionales, para

luego realizar lo que bien podría describirse como una *traducción* pertinente a su contexto histórico y social.

Una de sus construcciones más importantes fue el E.C.R.O. (Esquema Conceptual Referencial y Operativo) que articula y recrea aportes de: el Psicoanálisis (especialmente de la Escuela Inglesa y de la Americana), la línea Culturalista del Psicoanálisis (cuyo exponente fue Erich Fromm, pionero en designar una Psicología Social Psicoanalítica), la Gestalt de Kurt Lewin, el Psicodrama de Moreno, el Idealismo dialéctico de Hegel, el Materialismo Histórico de Marx, la epistemología de Gastón Bachelard y el Interaccionismo Simbólico de George Mead. El E.C.R.O. es un punto de inflexión que reúne teoría y práctica en un movimiento dialéctico. Práctica que genera teoría y teoría que genera sus prácticas en la constante construcción y reconstrucción de una praxis superadora.

El concepto *esquema referencial* de Bleger (1984) tiene gran afinidad con el E.C.R.O. pichoniano. Remite al lugar desde el que uno actúa, el marco de referencia, la base que un científico utiliza para hacer ciencia. En el caso de Pichon además apela a los efectos prácticos, “operativos”, ya que es el marco de referencia que el individuo utiliza para actuar sobre la realidad, para transformarla. Dicho marco de referencia incluye tanto aspectos conceptuales como afectivos, vivenciales.

El E.C.R.O., a su vez, incluye toda la experiencia individual y grupal, ya que en el grupo operativo cada individuo aporta su mundo interno, su propio E.C.R.O., su verticalidad. Pero para alcanzar los objetivos grupales debe conformarse un E.C.R.O. grupal, una convergencia de saberes y vivencias. Al mismo tiempo, este esquema incluye una gran diversidad conceptual –Pichon destacaba la utilidad de conformar grupos heterogéneos, porque ofrecen perspectivas y habilidades complementarias–, es decir, un entramado de

aportes teóricos y experienciales que permiten operar en la realidad y que a su vez retroalimentan al grupo en un proceso permanente de aprendizaje.

Para Pichon la teoría sin práctica era una teoría vacía, así como la práctica sin teoría era un “hacer a la deriva”. Por ello es que destacaba el concepto de *praxis* que surge de la dialéctica entre teoría y práctica: “*la Psicología Social es direccional y significativa en el sentido de que está orientada hacia el cambio*” (Pichon-Rivière, 1971a, p. 21). Asimismo, recalca la necesidad de revisar permanentemente el esquema conceptual: “*La ciencia, y dentro de ella la psicología social, es un conjunto de observaciones ordenadas por y hacia un esquema conceptual, susceptible de rectificación o ratificación*” (Pichon-Rivière, 1971a, p. 23).

El concepto de chivo emisario o portavoz, planteado por primera vez en el contexto de la terapia familiar, es otro de sus aportes nodales. Para Pichon, aquel que enferma o verbaliza algo, es el representante del conflicto familiar, está haciendo consciente lo inconsciente, manifiesto lo latente, explícito lo implícito. Ahora bien, este concepto no se agota en el grupo familiar, también puede aplicarse a otros grupos, instituciones o a la sociedad misma. Por ejemplo, los artistas pueden ser considerados los portavoces de la sociedad, ya que en sus obras de arte manifiestan el inconsciente de la sociedad. Asimismo, un órgano del cuerpo que enferma puede ser considerado el portavoz del conflicto psíquico de una persona. Pichon se preguntaba si el portavoz es el integrante más fuerte o más débil del grupo que representa, sosteniendo de manera novedosa que muchas veces es el más fuerte ya que es aquel que puede “hacerse cargo” de la ansiedad del grupo en cuestión.

Rescató y utilizó las ansiedades y posiciones básicas de la Escuela Inglesa de Melanie Klein. Es decir, las ansiedades paranoide (temor por haber dañado el objeto de amor) y depresiva (temor a la pérdida del objeto amado). Y las posiciones esquizo-paranoide y depresiva (desarrollo afectivo-evolutivo

conceptualizado por Melanie Klein para entender a los niños y a los psicóticos). Con este marco referencial, Pichon-Rivière trabajó durante años con psicóticos, cuando se pensaba que la psicosis era intratable:

El tratamiento psicoanalítico de la esquizofrenia y en general de las psicosis difiere del tratamiento psicoanalítico de las neurosis en los detalles de la conducta del analista frente al enfermo, pero no desde el punto de vista de su dinámica, ya que en ambos casos la situación gira alrededor de las manifestaciones ligadas a la transferorresistencia (1971b, pp. 55).

La práctica clínica llevó al autor al planteo de una psicología que aborde al hombre concreto, en sus condiciones concretas de existencia, las que tienen un rol fundante en la constitución del sujeto (del psiquismo). Por eso estudió la estructura familiar, el orden social e institucional y la cotidianeidad. Su paso por el hospital lo llevó a replantearse los métodos de la cura. Así creó técnicas grupales que permiten al paciente la asunción de un rol protagónico en el aprendizaje de la realidad, con el rescate de su potencialidad, su historia, su cultura y su identidad.

La técnica de los grupos operativos, al igual que los conceptos de portavoz y chivo emisario, pueden aplicarse en varios niveles sociales –desarrollados por Bleger en su obra “Psicohigiene y Psicología institucional” (1966)– a saber: grupal (grupos primarios y secundarios), institucional, comunitario y social. Muchos de los aportes de Pichon, también se utilizan a nivel individual, ya que para el autor cada persona representa un grupo y dialoga con varios en su interior, por eso toda psicología es social.

Los grupos operativos promueven que el sujeto genere un vínculo progresivamente creativo y libre con el mundo, que le permita la apropiación instrumental de la realidad para transformarla. Integra estructuras afectivas,

conceptuales y de acción. El grupo *es* una estructura de operación que debe apuntar al reconocimiento de las necesidades, la elaboración de un proyecto y el desarrollo de una tarea, donde todos se enriquecen. Tarea que implica una reflexión crítica acerca del hacer y de las relaciones que se van tejiendo.

La técnica de los grupos operativos sostiene un ideal de democracia participativa y un anhelo de cambio social. Todo proceso grupal, si es creativo, implica comunicación (desde la pertenencia y la pertinencia) y aprendizaje. En él se entrecruzan y retroalimentan lo horizontal –grupo externo- con lo vertical –grupo interno o intrasubjetividad.

Pichon fue partidario de una concepción dinámica, histórica y estructural, y de una terapéutica que permitiera la desalienación como adaptación activa a la realidad. Además, promovió una perspectiva interdisciplinaria, como en la experiencia Rosario de 1958. Esta experiencia –coordinada por Pichon a través del Instituto Argentino de Estudios Sociales (IADES) – articuló herramientas psicoanalíticas, gestálticas (laboratorio social de Kurt Lewin), del interaccionismo simbólico de Mead (roles sociales) y del materialismo histórico de Marx, entre otras.

Ana Quiroga (1997), sostiene que, en consonancia con Paulo Freire, para Pichon-Rivière la transformación social viene de la mano de la educación. El autor argentino homologó los conceptos de cura, aprendizaje y creatividad. Aprender implica pasar de un pensamiento lineal a uno dialéctico que visualice las contradicciones y múltiples interconexiones de lo real. Por eso para él, educar es hacer política en un sentido amplio, es establecer un proyecto de sociedad. Educación al servicio de la población, como instrumento de liberación y por lo tanto de salud.

El autor argentino acuñó el concepto “enseñaje” que es el aprender enseñando, ya que para él todos los integrantes del grupo operativo –donde el

aprendizaje debe ser dinámico, la comunicación fluida y los roles cambiantes— deben salir enriquecidos, en un proceso fuertemente democrático. La creatividad es parte de la vida y modelo de transformación. No en vano participó de diversas experiencias artísticas.

Otro concepto central en su teoría es la “espiral dialéctica” —o cono invertido. El autor homologa la salud psíquica al crecimiento afectivo, de la misma forma que aprendemos cognitivamente, aprendemos afectivamente. En ocasiones, alguno de estos procesos —o ambos— pueden encontrarse estancados y el sujeto no crece y enferma. Aquí retoma el concepto de “obstáculo” del epistemólogo francés Gastón Bachelard (2000/1938), pero no sólo para el ámbito cognitivo, sino también para la esfera afectiva, dándole a esta última un lugar central. Cuando la persona está frente a un obstáculo, el proceso dialéctico de madurar y crecer se estanca, el rol del psicólogo es contribuir a desentramar ese obstáculo o conflicto para facilitar el crecimiento de todos y cada uno de los miembros del grupo; que la espiral dialéctica del individuo, el grupo, la institución o la sociedad continúe creciendo, en la articulación permanente de teoría y práctica.

Los conflictos u obstáculos pueden darse en tres grandes esferas o áreas: mente, cuerpo y realidad exterior. Por ejemplo, una conversión histérica o una somatización se produce cuando el cuerpo —área dos— se hace cargo del conflicto psíquico —área uno—. El rol del psicólogo sería reconducir dicho conflicto al área en la que se originó, la mente, si por ejemplo se trata de un conflicto libidinal. En la teoría de Pichon-Rivière, para entender al ser humano no pueden desestimarse ninguna de estas áreas. Hay que tener en cuenta que cuando se refiere a la mente, incluye tanto los procesos cognitivos como los afectivo-vinculares. En este sentido marca una diferencia sustancial con otras teorías de Psicología Social que privilegian el desarrollo cognitivo frente al afectivo, como rasgo humano distintivo.

Finalmente, Pichon-Rivière (1971a, p. 218), remitiendo al plano de las relaciones intersubjetivas donde se juega lo libidinal, enfatizaba que toda investigación es en sí misma una operación. En el ámbito de las ciencias sociales no hay indagación que no promueva el cambio. Si, por ejemplo, se le toma un test a un sujeto, aunque no tenga finalidad terapéutica lo va a transformar. Pichon diría que la relación establecida es la modificadora.

Muchos de los planteos del autor, desarrollados hacia mediados del siglo pasado, se asemejan notablemente a lo que años más tarde plantearán los nuevos paradigmas en Psicología Social, como el Construccionismo y la Psicología Social Latinoamericana. Esto da cuenta de su originalidad y perspectiva vanguardista, así como de su compromiso profesional y ético para con su época, subrayando una perspectiva que hoy está casi vacante.

La consolidación de la Psicología Social como disciplina

En la actualidad confluyen abordajes muy diversos, provenientes de distintas tradiciones disciplinares, orientadas a la comprensión de los fenómenos subjetivos e intersubjetivos. La Psicología Social es un campo controversial y extenso, fuertemente marcado por el contexto de surgimiento y, como señala Galtieri (1992), fue así desde sus comienzos. La consolidación de la Psicología Social como disciplina, desde un punto de vista socio-histórico se alcanza a partir del desarrollo de los principales paradigmas que surgieron durante el siglo XX: la Cognición Social, el Interaccionismo Simbólico y la Fenomenología (Robertazzi, 2013).

El Interaccionismo Simbólico, cuyo mayor exponente es George H. Mead (junto a los aportes realizados por la Escuela de Chicago); la Cognición Social y sus distintas generaciones de autores (Sheriff, Asch y Moscovici); y la

Fenomenología a través de Schutz, y Berger y Luckmann (en el marco de la sociología del conocimiento). Pero dentro de este recorte suelen ignorarse los aportes realizados por Pichon-Rivière y la Escuela Psicoanalítica Argentina.

Aunque existen numerosas escuelas de Psicología social y una Institución que lleva su nombre, Pichon-Rivière no suele figurar en el estudio académico de la Psicología universitaria. Esto es aún más incomprensible si se considera que la Psicología Social argentina es posiblemente la única que ha sido capaz de generar un marco de referencia original en el contexto de surgimiento de la disciplina, distinto de los paradigmas antes mencionados.

Si bien toda reconstrucción histórica posee algo de arbitrariedad (Alvaro y Garrido, 2003), llama la atención como a veces los hechos dejados de lado son de tal relevancia. Que Pichon-Rivière –y con él la Escuela Psicoanalítica de Psicología Social– sea casi ignorado en la formación académica actual en la Argentina, sin lugar a dudas dice mucho de nuestra propia identidad.

Cada uno de los paradigmas antes mencionados posee bases epistemológicas, ontológicas, metodológicas, e inclusive éticas y políticas bien definidas (Montero, 1996). A partir del recorrido realizado hasta ahora, podemos afirmar que la obra de Pichon-Rivière puede ser catalogada como un paradigma con una indiscutible originalidad en torno a las mencionadas dimensiones paradigmáticas.

Sus fundamentos epistemológicos exceden el campo del psicoanálisis y como planteamos con anterioridad, a partir de un sinnúmero de autores, realiza un aporte personal. En el plano ontológico, asume a un sujeto que produce una realidad que a su vez lo moldea, con un claro matiz relacional que incluye desde los aspectos intrapsíquicos, afectivos, hasta el contexto macrosocial –mente, cuerpo y realidad exterior. En el plano metodológico, a partir de la técnica psicoanalítica genera un método propio, el grupo operativo, donde

interactúan lo consciente y lo inconsciente, lo individual y lo grupal, e implica un proceso dialógico y creativo.

Siguiendo a Montero (1996), tampoco elude las dimensiones ética y política, dado que el respeto por el otro –el loco, el enfermero, el indígena– y el compromiso con el cambio social y personal tiñen toda su obra.

¿Por qué entonces, suelen ignorarse los aportes de este autor en su propia tierra y no se da a su obra y la de sus seguidores el estatuto de *Paradigma* dentro de la Psicología Social? Tal vez, como señala Wallerstein (2001), las ciencias sociales son un producto del sistema-mundo moderno que nació en Europa, para resolver problemas europeos, pero que pretendió imponerse al resto del mundo como una verdad universal. Son eurocéntricas (esta referencia no es geográfica sino geopolítica, e incluye a Francia, Italia, Reino Unido, Alemania y Estados Unidos) desde sus comienzos y nosotros no escapamos a su hegemonía.

Como destaca Dussel (2001) en un plano más amplio, la modernidad es para muchos (como Habermas o Taylor) un fenómeno exclusivamente europeo, que olvida que cuando Europa se autoafirma como el centro de la historia niega que su condición de posibilidad sea una alteridad no europea. Lo grave es cuando nosotros mismos lo olvidamos.

En este sentido, un dato coherente con lo expuesto es que la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires (UBA) –una de las facultades que forma más psicólogos en el país– ofrece entre las materias electivas: Escuela Inglesa, Escuela Francesa, e incluso Psicología del Yo (donde se podrían ubicar las bases de los desarrollos norteamericanos en Psicoanálisis), mas no ofrece una Escuela Argentina. ¿Un mero descuido o un síntoma? En el ambiente *psi* académico Pichon-Rivière fue olvidado. Incluso se utiliza terminología pichoneana sin saberlo o reconocerlo, como es el uso extendido

de conceptos como *chivo emisario* o *grupos operativos*. Una falta de memoria colectiva dentro de nuestras bases, de nuestros propios aportes.

No es la intención hacer un llamado a la memoria colectiva desde una posición melancólica, al contrario, para poder avanzar dentro del conocimiento psicológico, desde una vertiente que represente una propuesta distinta y con una identidad definida (identidad que incluya asimismo aportes realizados por otras escuelas y otros países), sería pertinente recordar e incluir en los programas actuales, los aportes de Pichon-Rivière y la escuela argentina en psicología. Deberíamos poder defender a la Psicología Social Psicoanalítica Argentina como un paradigma dentro de la Psicología Social, que aún goza de actualidad y posibilita infinidad de contribuciones con usos prácticos.

La universidad y el psicoanálisis

Según un estudio bibliográfico (Klappenbach, 2014) de los programas de Psicología Social de aproximadamente setenta Facultades de Psicología de todo el país, casi ninguna incluye los textos de Pichon-Rivière. Deberíamos asumir una posición crítica y dejar de privilegiar las teorías extranjeras, revalorizando a los autores argentinos que hicieron aportes significativos al conocimiento psicológico. O mejor aún, por qué no seguir el ejemplo de maestros como Freud o el mismo Pichon-Rivière, y a partir de aquellas propuestas que nos resulten interesantes, provocativas, lúcidas, sugerentes, generar desarrollos propios.

La incorporación de las obras de Pichon-Rivière y de autores de la Escuela Argentina a los programas de formación en Psicología en las universidades

nacionales⁴, sería posiblemente la mejor forma de defender, respetar y reconocer nuestra propia identidad dentro de la Psicología y, especialmente, dentro de la Psicología Social (así como de Psicología de los Grupos e Institucional). Podría incluso ser válido preguntarse si las enseñanzas del maestro no deberían incluirse dentro de los estudios en Psicología desde la escuela media. Sería pertinente poseer conocimientos básicos de las producciones en Psicología realizadas por autores argentinos que han cobrado relevancia a nivel mundial.

Pero las contribuciones de los autores locales no siempre fueron ignoradas. En su momento tanto Pichon-Rivière como Bleger, entre otros, gozaron de prestigio dentro de la formación en psicología argentina. Pero en las últimas décadas parece haberse dado una importación de teorías, especialmente francesas con la escuela psicoanalítica lacaniana, que casi ha monopolizado el conocimiento *psi* académico, tanto en la UBA como en otras universidades de todo el país. Sin mencionar instituciones que tienen un enfoque más orientado a lo institucional y/o a lo empresarial dentro de la Psicología.

Pero volviendo a los planes de estudio, nos interesa señalar la ausencia de los aportes argentinos en psicología social dentro de los planes de formación universitarios. Aportes que pueden tomar relevancia y eficacia en distintos niveles de la praxis psicológica. Algunas corrientes latinoamericanas en Psicología Social, en cambio, son incluidas dentro de los programas universitarios, con exponentes como Ignacio Martín-Baró (Psicología de la Liberación) o Maritza Montero (Psicología Social Comunitaria), quienes toman aportes de distintas escuelas, y los reelaboran y resignifican de manera crítica y original.

⁴ En la materia que dictamos en la carrera de Psicología de la Universidad de Palermo, hemos incluido a la Psicología Social Psicoanalítica como un cuarto paradigma, entre los paradigmas tradicionales de la disciplina, cuyo contenido se basa en los textos de Pichon Rivière.

Martín-Baró (1986), rescatando a Pichon-Rivière (junto con cantidad de escuelas y paradigmas de diversos autores y países), señala que *“es triste afirmar que todavía son insuficientemente conocidos fuera de Argentina”* (1986, p. 219) – nosotros consideramos que son poco conocidos incluso en Argentina.

Martín-Baró sostenía que cada sociedad debe ser capaz de construir aquellas herramientas que puedan ser utilizadas dentro de la misma sociedad. Pichon-Rivière ya defendía la misma posición hacia la década del 50 en nuestro país.

Retomando la obra freudiana *“Recordar, repetir y reelaborar”* (Freud, 1914/1973), recordar es el paso previo a una reelaboración, tanto en lo individual como en lo colectivo, para generar una nueva escritura. Escritura que reconoce un pasado, se apoya en el presente y puede enfocar (al menos hasta cierto punto) un futuro. Por eso proponemos una revisión histórica de los paradigmas tradicionales entre los cuales se incluya a la Psicología Social Psicoanalítica.

Psicología Social Psicoanalítica, el cuarto paradigma clásico

La Psicología Social, como las demás ciencias sociales, es producto del siglo XIX. Según Galtieri (1992, p. 8), su núcleo duro es la interacción: *“a propósito de la interacción se han desarrollado en el campo de la Psicología Social dos programas o modelos cuya prehistoria comienza, en ambos casos, a fines del siglo XIX: el interaccionismo simbólico y la influencia social”*. En su programa de Psicología Social de la Facultad de Psicología (UBA), incluía además a la Fenomenología como tercer paradigma.

Si nos apoyamos en la afirmación de Galtieri (1992), también los aportes de Pichon-Rivière se organizan a partir de la interacción. Empezando por la familia y la constitución del grupo interno como conjunto de relaciones

internalizadas, que han pasado del “afuera” al mundo interno y se encuentran en permanente interacción; el funcionamiento de los grupos operativos y el cruce entre horizontalidad y verticalidad; el concepto de cono invertido donde destaca la necesidad de pertenencia al grupo, la comunicación y la cooperación; son algunos de los conceptos, desarrollados previamente, que dan cuenta de que más allá de su raíz psicoanalítica, su análisis no se circunscribía al mundo fantasmático (aunque estuviera presente) sino que incluía el mundo real de la interacción.

En cuanto al eje temporal, Pichon-Rivière reconoce su deuda freudiana. Freud parte del triángulo edípico para entender la construcción del psiquismo –y traslada esta matriz simbólica al plano social– por lo tanto considera que no puede pensarse la psicología del individuo sino como psicología social. Sin embargo, Pichon sostiene que si bien Freud tuvo esta intuición en sus primeras obras, luego se orientó cada vez más a la construcción fantasmática de la subjetividad, ganando relevancia el mundo simbólico en desmedro del contexto material y social. Este aspecto, no suficientemente desarrollado por Freud, es el que él desplegó. Además, Pichon sentó las bases de su obra entre las décadas del '40 y el '50.

Reforzando la tesis de que el paradigma social psicoanalítico debe ser incluido entre los paradigmas clásicos, vale la pena destacar que algunos de sus aportes, como ya anticipamos, son intuiciones que hoy son centrales en posiciones de vanguardia dentro de la disciplina. La necesidad permanente de ratificar y rectificar el E.C.R.O., se anticipa a perspectivas críticas como la de Ibáñez (1992) desde el paradigma construccionista, respecto de la necesidad de deconstruir a la ciencia, de revisar sistemáticamente sus supuestos. Asimismo, el impacto que tienen las ciencias sociales en la realidad, en el sentido de que no hay indagación que no promueva una modificación (Pichon-Rivière, 1971a) anticipa la perspectiva construccionista, según la cual la reflexividad del

conocimiento, indica que la ciencia modifica la realidad que estudia (Ibáñez, 1992).

Otro elemento clave de la perspectiva de Pichon (1971a) es la necesidad de operar sobre la realidad. Teoría y práctica son parte del mismo movimiento. En 1986, Martín-Baró (p. 219), representante de la Psicología Social Latinoamericana y en particular de la Psicología de la Liberación, señalaba que la psicología tanto teórica como aplicada, individual, social o clínica, *“no solo ha mantenido una dependencia servil a la hora de plantearse problemas y de buscar soluciones, sino que ha permanecido al margen de los grandes movimientos e inquietudes de los pueblos latinoamericanos”*.

Martín-Baró (1986) destacaba la necesidad de una praxis comprometida con los sufrimientos y esperanzas de los pueblos latinoamericanos y de hecho realizó una mención explícita del autor argentino como un aporte significativo a la Psicología universal. Sin duda, el compromiso con la praxis se revela en la trayectoria de Pichon. Como señala Vezzetti, *“el ‘objeto’ de la obra pichoniana se desplaza en un sentido que colocaba a las transformaciones contemporáneas de la socialidad en el centro de su preocupación”* (1998, p. 482).

Pichon también se anticipa en el reconocimiento del otro como un par, como un semejante, en consonancia con la Psicología Social Latinoamericana (Martín-Baró 1989; Montero, 2006) y la Filosofía de la Liberación (Dussel, 1998). Como explicitó la segunda esposa de Pichon, Ana Pampliega de Quiroga (2011), en él se daba una aceptación de la diversidad que se reflejaba en la fluida relación que mantenía con pensadores locales y franceses. Asimismo, cuando afirmaba que uno está habitado por contextos, personajes y paisajes, se definía como guaraní, francés, correntino, porteño.

Los lineamientos epistemológicos y ontológicos de Pichon-Rivière, que se articulan en su psicología social, marcan una diferencia sustancial con otros

lineamientos teóricos. En su psicología social prevalece un enfoque relacional y dialéctico –diferente al de la psicología social clásica– produciendo una verdadera revolución en el sentido kuhniano. Esta ruptura marca el inicio de una nueva matriz disciplinar y, por lo tanto, un nuevo tipo de intervención social (Casetta, 2010).

La Teoría de vínculo, de (1956), que postula Pichon-Rivière, marca el punto de ruptura y emergencia de su esquema conceptual, referencial, y operativo (Fabris, 2007: 238 y ss.) que se encuadra en una Ontología que podemos denominar como Relacional en consonancia con desarrollos de otros autores como Cassirer (1910); Lewin (1931, 1949); Bourdieu y Wacquant (1992); Emirbayer (1997) (Casetta, 2010, p. 137).

Consideramos, por último, que Pichon-Rivière fue un hombre que no tuvo temor a innovar y por esta misma razón podría ser considerado un pionero dentro de la psicología social que merece ser incluido en la historia de esta disciplina y en el currículo, al menos, de nuestras universidades.

Ser, pensar, amar, odiar

Como señalamos en la introducción, consideramos que el Psicoanálisis no solo puede incluirse entre los paradigmas clásicos, sino que posee un elemento distintivo, ya que es el único que contempla la afectividad como elemento central en la constitución de la subjetividad humana. El ser humano es mucho más que un ser pensante, es deseo y paradoja, es el cuerpo extenso de la grupalidad, es el arraigo del afecto en la materialidad del organismo, es angustia, odio, mortalidad y sexualidad (Braceras, 2019).

Para el Interaccionismo Simbólico, la identidad se construye en interacción con quienes nos rodean. Dicha interacción se da en términos de comunicación

y especialmente de comunicación simbólica (Mead, 1982; Galtieri, 1992). Dentro de la primera generación de Interaccionistas Simbólicos –George H. Mead y la Escuela de Chicago– el hincapié está puesto en una comunicación de tipo verbal a partir de la “conversación de signos significantes”. Mead (1982, pp. 176) se pregunta cómo surge la persona.

El carácter peculiar poseído por nuestro medio social humano le pertenece [a la persona] en virtud del carácter peculiar de la actividad social, humana; y ese carácter, como hemos visto, se encuentra en el proceso de la comunicación, y, más particularmente, en la relación triádica en que se basa la existencia de la significación.

Y más adelante destaca que “*nuestros símbolos son todos universales. No se puede decir nada que sea absolutamente particular; cualquier cosa que uno diga que tenga alguna significación, es universal*” (Mead, 1982, pp. 176). Estos signos universales involucran al pensamiento pero se alejan de la emoción –lo particular–, lo netamente humano se liga al raciocinio. Las categorías utilizadas por el autor son de índole cognitiva: el otro generalizado, la conciencia de sí, el espíritu (una traducción más acertada sería *mente*). Es más, cuando Mead menciona la afectividad, la presenta sólo como un obstáculo de la comunicación.

La segunda generación dentro del paradigma, representada por Erving Goffman, pone el énfasis en una comunicación de tipo “no verbal” o gestual. Si bien este autor podría estar más cerca del modelo propuesto por Pichon-Rivière y la Escuela Argentina (que entre otros elementos incluye al psicodrama de Moreno), no propone una explicación afectiva o inconsciente del motivo por el cual la persona utiliza esta comunicación. Sólo en la corriente psicoanalítica aparece un intento de comprensión y explicación del fenómeno en toda su magnitud.

La propuesta de Goffman (1981), netamente descriptiva, gira en torno a la metáfora de una representación teatral. El foco está puesto en entender cómo los participantes –actor y auditorio– definen la situación. Para el autor, no importa si las actitudes, creencias y emociones de un individuo son verdaderas o irreales, porque la actuación que se lleva a cabo terminará moldeando la personalidad del actor.

Goffman destaca que en una conversación, no sólo la palabra da sentido a la interacción, más bien se ponen en juego una serie de estrategias que incluyen desde la gesticulación hasta la vestimenta o el contexto en que se desarrolla la acción. Las pausas, las entonaciones, los silencios o incluso ruborizarse, producen sentido. Pero todo está al servicio de generar una cierta definición de la situación que para Goffman, termina definiendo al sí mismo más verdadero del individuo.

Será parte de sus intereses [del actor] controlar la conducta de los otros, en especial el trato con que le corresponden. Este control se logra en gran parte influyendo en la definición de la situación que los otros vienen a formular, y él puede influir en esta definición expresándose de modo de darles la clase de impresión que habrá de llevarlos a actuar voluntariamente de acuerdo con su propio plan (Goffman, 2001, pp. 15 y 16).

La Cognición Social, por su parte, contempla la interacción humana en términos de influencia social (Galtieri, 1992). Para este paradigma lo social podría ser explicado a partir de los fenómenos de influencia: la normalización (Sheriff, en Doise, Deschamps, y Mugny, 1980), la conformidad (Asch, 1964) y la innovación (Moscovici, 1981). Estudia cómo los juicios y opiniones de unos individuos influyen sobre los juicios y opiniones de otros. La conformidad llevada al extremo es la “obediencia”, abordada por Milgram (2002) y su experiencia de laboratorio sobre la obediencia a la autoridad. Tal

como señala Moscovici, las primeras generaciones de cognitivistas apuntaron a explicar la continuidad social, el control, la desindividualización, la reproducción social.

El planteo de Moscovici (1981), en cambio, permite comprender mejor la dinámica social, donde importan tanto aquellos agentes que presionan para mantener el status quo como quienes les oponen resistencia. Si bien podemos encontrar algunos puntos en común entre su propuesta –respecto del modelo genético– y la de la Escuela Argentina (por ejemplo al destacar la importancia de la historicidad o el lugar de los individuos como agentes sociales, capaces de transformar la realidad), tampoco en ella hay una explicación que dé cuenta de los fenómenos afectivos que generan, por ejemplo, que las minorías activas se mantengan cohesionadas para producir un cambio social. Fenómeno que bien podría explicarse a partir de lo postulado por Freud (1921/1973) en “Psicología de las masas y análisis del yo”; proposición que Malfé retoma.

Es más, para este paradigma tampoco interesa –al menos para sus primeras generaciones– cómo se constituye la subjetividad. Su interés es situacional; cuáles son los componentes cognitivos que llevan a la persona a adecuarse o no a la presión de la mayoría. Incluso cuando Moscovici destaca el rol de las Minorías Activas como promotoras del cambio social, enfatiza su estilo de comportamiento –consistencia, resolución, búsqueda de legitimidad apoyándose en referentes de la mayoría, argumentos sólidos, etc. –, sin considerar las motivaciones afectivas que puedan estar interviniendo.

Finalmente, la Fenomenología, propone categorías interpretacionistas y construccionistas para dar cuenta de los fenómenos sociales, carentes nuevamente de dimensiones afectivas que puedan abordar la magnitud del fenómeno social. Los autores Berger y Luckmann (1969) –referentes insoslayables de esta corriente de pensamiento– articulan conceptos tales

como tipificaciones recíprocas, proceso de institucionalización, legitimación, para dar cuenta del funcionamiento de mujeres y hombres en sociedad.

Ellos explican cómo se construye tanto el individuo como la sociedad a través de la dialéctica “externalización-objetivación-internalización”. Las dos primeras explican la construcción social de la realidad y la última, a través de la socialización primaria y secundaria, contempla la apropiación por parte del individuo del mundo de sus padres y primeros educadores –otros significativos–, así como la construcción de la identidad.

Si bien en el proceso de socialización primaria destacan que el componente afectivo marca a fuego la apropiación del mundo que nos ofrecen los otros significativos, explican que el cuerpo de conocimientos más importante que se internaliza en ese proceso es el lenguaje y el aparato legitimador. Los factores afectivos sólo sirven para reforzar los procesos de objetivación y naturalización, y por lo tanto el carácter coercitivo con que se nos presenta la realidad de vida cotidiana y sus instituciones. Volvemos a encontrar un lenguaje que enfatiza lo racional y deja por fuera las categorías afectivas.

Solamente la Psicología Social Psicoanalítica intenta develar las cuestiones “latentes”, “implícitas” o “inconscientes”; busca explicar no sólo cómo juega la afectividad en la constitución de la subjetividad y por lo tanto en la definición de uno mismo, sino en cada interacción humana.

Pichon-Rivière (1971a), encabeza el prólogo de su libro *El Proceso Grupal* explicando cómo el marco conceptual desde el que se posiciona como científico, está atravesado por su origen e historia; aspectos insoslayables para entender la subjetividad:

Como crónica del itinerario de un pensamiento, será necesariamente autobiográfico, en la medida en que el esquema de referencia de un autor no se estructura sólo como

una organización conceptual, sino que se sustenta en un fundamento motivacional, de experiencias vividas. A través de ellas, construirá el investigador su mundo interno, habitado por personas, lugares y vínculos, los que articulándose con un tiempo propio, en un proceso creador, configurarán la estrategia del descubrimiento (p. 7).

El análisis del material aportado por los pacientes, le permitió distinguir dos procesos que se dan simultáneamente: lo que se manifiesta explícitamente y lo que subyace como elemento latente. Este último elemento está conformado por objetos internos que se articulan en un mundo construido a partir de la internalización de objetos y relaciones. En el mundo interno se intenta reconstruir la realidad exterior, pero los objetos y los vínculos son transformados en el pasaje desde el "afuera" hacia el ámbito intrasubjetivo, el "adentro".

Así formula la noción de vínculo, estructura compleja que incluye un sujeto, un objeto, y su mutua interrelación con procesos de comunicación y aprendizaje. En toda estructura vincular el sujeto y el objeto interactúan retroalimentándose mutuamente.

Estas relaciones intersubjetivas son direccionales y se establecen sobre la base de necesidades, fundamento motivacional del vínculo. Dichas necesidades tienen un matiz e intensidad particulares, en los que ya interviene la fantasía inconsciente (Pichon-Rivière, 1971a, p7).

En la interacción se da la internalización de la estructura relacional, que adquiere una dimensión intrasubjetiva. La internalización tendrá características determinadas por el sentimiento de gratificación o frustración que acompaña a la configuración inicial del vínculo, el que será entonces un vínculo "bueno" o "malo". Las estructuras vinculares internalizadas, articuladas en el mundo o grupo interno, condicionarán las características del aprendizaje de la realidad.

Hay un inter juego permanente entre la interrelación intrasistémica y la interacción con el medio, que está presente ya en las primeras experiencias sociales, constitutivas del sujeto como tal. Dicho inter juego moldeará cada experiencia del sujeto. Pichon-Rivière propone “*una epistemología convergente, según la cual las ciencias del hombre conciernen a un objeto único: ‘el hombre - en – situación’*” (1971a, p. 8). Para el autor cualquier explicación de un fenómeno social tiene que incluir los aspectos anímicos inconscientes, sino sólo sería una explicación parcial. Siguiendo a Pichon, todas las áreas de la conducta tienen igual relevancia: mente, cuerpo y mundo.

Tomemos por ejemplo el concepto de “portavoz” empleado por Pichon-Rivière (2007a) dentro de las dinámicas grupal, institucional y social. En un grupo operativo, cuando un miembro del grupo manifiesta algo que ocurre a todos, se convierte en el representante de lo grupal. Lo que le ocurre al grupo puede ser de índole cognitiva o afectiva. Dentro de los otros paradigmas este individuo podría ser considerado un innovador o alguien a quien imitar, un enfermo o un desviado, pero no el representante de un conflicto afectivo compartido por el grupo. Si pensamos un mismo fenómeno social, cada uno de los paradigmas nos brindará una mirada única, pero solo el paradigma psicoanalítico podrá aportarnos una mirada integral, que incluya la afectividad.

Referencias:

Álvaro, José Luis y Garrido, Alicia (2003). “Los inicios del pensamiento psicosociológico en la segunda mitad del siglo XIX”, Cap. 1. *Psicología Social: Perspectivas psicológicas y sociológicas*, Madrid: McGraw-Hill.

Bachelard, Gastón (2000 /1938) *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*, Buenos Aires: Siglo veintiuno editores. Primera edición en español: 1948. Primera edición en francés: 1938.

Bleger, José (1984). *Temas de Psicología - Entrevista y grupos*, Buenos Aires: Nueva Visión.

Bleger, José (1966). *Psicohigiene y Psicología institucional*, Buenos Aires: Paidós.

Braceras, D. (2016). *La Pacha es el Otro. Aportes para la Descolonización del Conocimiento*. Buenos Aires: Ciccus.

Casetta, Germán (2010). Importancia de la dialéctica en la Psicología Social de Enrique Pichon-Rivière. *Actas del XI Encuentro Argentino de Historia de la Psiquiatría, la Psicología y el Psicoanálisis* Volumen 11, pp. 137-147.

Dagfal, Alejandro (2012). Historias de la psicología en la Argentina (1890-1966). Entre ciencia natural y disciplina del sentido. *Ciencia Hoy*, 126 (21), pp. 25-29. <http://www.cienciahoy.org.ar/ln/hoy126/Psicologia.pdf>

Dagfal, Alejandro y González, María Eugenia (2012). El psicólogo como psicoanalista: Problemas de formación y autorización. *Intersecciones Psi*, Revista Electrónica de la Facultad de Psicología de la UBA, Año 2 – Número 5.

Dussel, Enrique (2001). Eurocentrismo y Modernidad (Introducción a las lecturas de Frankfurt) en Walter Mignolo (comp.) *Capitalismo y geopolítica del conocimiento. El eurocentrismo y la filosofía de la liberación en el debate intelectual contemporáneo*, Buenos Aires: Ediciones del Signo (y Duke University), pp. 57-70.

Dussel, Enrique (1998). *Ética de la liberación en la edad de la globalización y la exclusión*. Madrid: Trotta.

Freud, Sigmund (1921/1973). “Psicología de las masas y análisis del yo”. *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Freud, Sigmund (1914/1973). Recordar, repetir y reelaborar. *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Fabris, Fernando A. (2014). Prólogo Multiplicando lo latinoamericano. En Fernando Fabris (Ed.), *Pichon Riviere como autor latinoamericano*. Buenos Aires: Lugar Editorial.

Galtieri, María (1992). Estudio preliminar. *Psicología Social. Modelos de interacción* (pp. 7-23). Buenos Aires: CEAL.

Ibáñez, Tomás (1992). La tensión esencial de la Psicología Social”, en Darío Páez, José Valencia, José Franciasco Morales, Bernabé Sarabia & Nicanor Ursua. *Teoría y método en Psicología Social*, Barcelona: Anthropos.

Klappenbach, Hugo (2014). La presencia de Pichon-Rivière en la enseñanza universitaria de la psicología en Argentina. En Fernando Fabris (Ed.), *Pichon Riviere como autor latinoamericano*. Buenos Aires: Lugar Editorial.

Langer, Marie (1985). Lo que el grupo me dio, en *Lo Grupal 2*, pp. 123-132, Buenos Aires: Búsqueda.

Martín-Baró, Ignacio (1986). Hacia una Psicología de la Liberación. *Boletín de Psicología*, 22, 219-221.

Martín-Baró, Ignacio (1989). El poder social, cap. II, en *Sistema, grupo y poder, psicología social desde Centroamérica II*. San Salvador: UCA editores.

Montero, Maritza (1996). *Ética y política en Psicología. Dimensiones no reconocidas*. Recuperado de http://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/informacion_a_dicional/obligatorias/036 (22/10/2010).

Montero, Maritza (2006, 3° edición). *Teoría y práctica de la Psicología Comunitaria. La tensión entre comunidad y sociedad*, Buenos Aires: Paidós.

Pichon-Rivière, Enrique (1971a). *El Proceso Grupal (Del psicoanálisis a la psicología Social, I)*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Pichon-Rivière, Enrique (1971b). *La psiquiatría, una nueva problemática (Del psicoanálisis a la psicología Social, II)*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Pichon-Rivière, Enrique (1985). *Teoría del vínculo*, selección temática de transcripciones de sus clases, años 1956/57, realizada por Fernando Taragano. Buenos Aires: Nueva Visión.

Pichon-Rivière, Enrique (1987). *El proceso creador. Del Psicoanálisis a la Psicología Social (III)*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Quiroga, Ana (2011). Disertación dada en el marco del Seminario *Pichon-Rivière como autor Latinoamericano*, organizado por el Instituto Argentino de Investigaciones Clínicas y Sociales (ICS) en la Biblioteca Nacional, en septiembre de 2011.

Quiroga, Ana (1997). Enrique Pichon Riviere y Complementariedad de los modelos de E. Pichon y Riviere Paulo Freire, en Ana Quiroga (comp.) *El proceso educativo, según Paulo Freire y Enrique Pichon Riviere*, México: Plaza y Valdés, pp. 15-30 y 52-54.

Robertazzi, Margarita Rosa (2013). Presentación de paradigmas clásicos en Psicología Social. Material de la Cátedra Psicología Social II, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
http://23118.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/informacion_adicional/obligatorias/036_psicologia_social2/PresDeParadigmas.pdf

Robertazzi, Margarita Rosa (2005). Aportes de autores argentinos a la Psicología Social: El Psicoanálisis en ámbitos psicosociales, en N. Varas Díaz e I. Serrano García (eds.), *Psicología Comunitaria: reflexiones, implicaciones y nuevos rumbos* (pp. 127- 143). Hato Rey: Publicaciones Puertorriqueñas.

Talak, Ana María; Scholten, Hernán; Macchioli, Florencia; Del Cueto, Julio & Chayo, Teresa Yazmín (2004). Novedad y relevancia en la historia del conocimiento psicológico. [*Anuario de Investigaciones*](#), Facultad de Psicología de la UBA. Vol XII.

Vezzetti, Hugo (1998). Enrique Pichon-Rivière y Gino Germani: el psicoanálisis y las ciencias sociales. *Anuario de Investigaciones*, Facultad de Psicología de la UBA. Vol VI.

Wallerstein, Immanuel (2001). El Eurocentrismo y sus avatares. Los dilemas de la Ciencia Social, en Walter Mignolo (comp.) *Capitalismo y geopolítica del conocimiento. El eurocentrismo y la filosofía de la liberación en el debate intelectual contemporáneo*, Buenos Aires: Ediciones del Signo (y Duke University), pp. 95-116.